



1919-1929

UN DICTADOR LLAMADO

AL CAPONE

1

Por
JUAN
ALDEBARAN

«Yo soy un fantasma forjado por millones de mentes», decía Al Capone en sus últimos tiempos. Leyenda y realidad se mezclan en la figura de ese hombre que inició en Chicago un supergobierno, hace ahora medio siglo, en 1919, y que comenzó su decadencia diez años después. Sus biógrafos y los estudiosos del tema caen inevitablemente en contradicciones de fechas y datos. Es difícil saber, incluso, cuándo nació. La fecha de 1895 que da Alsop contradice la de 1899 que figura en su lápida mortuoria, y con la de 1902 que dan otros biógrafos (lo que le haría el delincuente más precoz del mundo). Es difícil saber si Capone llegó a Chicago antes o después de la muerte de Colosimo. Hay contradicciones. Ciertas novelas, comedias o películas (la obra «On the spot», de Edgar Wallace, o la película «Scarface», «El enemigo público número uno» que interpretó Paul Muni) contribuyen a la confusión. En todo caso la puntualidad o la exactitud de unos hechos concretos importa menos que el alcance de su realidad, y de la creación de una sociedad paralela en Chicago. Entre los libros que pueden consultarse, probablemente los menos veraces son las «Memorias» de Capone y las de su enemigo final, Elliot Ness («Los insobornables»). Las obras más completas son las de Kenneth Alsop, «Chicago» (edición francesa en las ediciones «J'ai lu», París, 1968), el informe del senador Estes Kefauver, «Crime in America» (Garden City, 1951) y la de Frederick Sondern, «La Mafía», editada en Londres en 1951 (versión española en la Editorial Bruguera, de Barcelona). Son libros de interesante lectura sobre este tema el tomo 1919-1929 de la colección «Le roman vrai du demi siècle» (dirigida por Gibert Guillaumin en «Le livre de poche») y «El libro negro del crimen», de J. V. Kremer (versión española en la Editorial Bruguera, Barcelona, 1961). Un libro excelente que analiza la sociología del tema es «Política y delito», de H. M. Enzensberger (Seix y Barral, Barcelona, 1966).



AL CAPONE

EN su celda del penal de Alcatraz, el preso más dulce, más obediente, más disciplinado que conocieron los anales, leyó en unos años seiscientos cuarenta y siete libros acerca de Napoleón. Alfonso Capone, más conocido como Al Capone, encontraba un cierto paralelo entre sí mismo y el Emperador de los franceses. Le admiraba. «Fue el hombre que yo hubiese querido ser», decía. Pero suponía que hubiese podido mejorar el personaje. «Fue el gangster más grande del mundo, pero yo hubiese podido darle buenos consejos sobre algunas cosas. Como yo, fue vencido por haber sido demasiado bueno. Después de Austerlitz tuvo al Zar a su disposición y le perdonó. Quiso hacer de él su amigo. ¡Qué estupidez! Nunca se tiene la amistad del hombre a quien se ha vencido y luego perdonado y, por tanto, humillado. No hay más que una ley. Si agarras a tu enemigo por el cuello, aprieta. Napoleón no apretó. Resultado: siete años después fue Alejandro quien le agarró por el cuello y apretó. La compasión es siempre una debilidad. ¡Es la ley de la vida!». El filósofo solitario de Alcatraz hizo durar su imperio, en Chicago, durante diez años. Es un error creer que Al Capone fue un simple criminal sin principios, sin más ley que su ambición personal. Alfonso Capone era un hombre de orden. Su noción del orden no coincidía, probablemente, con la de las autoridades federales de Washington, pero respondía con bastante exactitud a la de la sociedad de Chicago que él estructuró, organizó y administró mediante una antigua arma política: el terror.

■ El alcohol

La década de Al Capone comenzó hace ahora medio siglo, en 1919, y empezó a declinar hace cuarenta años, en 1929. Comenzó con una breve enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, el artículo XVIII: «Un año después de la ratificación de este artículo, quedarán prohibidas la fabricación, venta o transporte de licores embriagantes dentro de los Estados Unidos, su importación en el país o su exportación de los Estados Unidos y de todo el territorio sometido a su jurisdicción». La enmienda fue presentada el 18 de diciembre de 1917, y hasta el 16 de enero de 1919 no recogió la ratificación de las tres cuartas parte de los Esta-

dos de la Unión. El tema de la prohibición de bebidas alcohólicas —o, simplemente, «la prohibición»— era tan antiguo como los Estados Unidos. Era una ilusión de los padres puritanos. No era, en su origen, descabellada. Las fuertes tensiones que pesaban sobre los colonizadores requerían una especie de evasión por el alcohol. Un país sin viñas les daba escasa posibilidad de adormecerse con el suave vino. Su sustituto era el aguardiente, el whisky, y su consecuencia la pelea. La inmensa ola de películas «del Oeste» nos muestra no solamente la conquista y la violencia, la fundación de un país: es también el canto a una perpetua borrachera perpetrada en el «saloon» de puertas batientes. Las primeras sociedades de templanza son de 1826. El primer Estado que aceptó la prohibición y la inscribió en sus leyes fue Maine, en 1846. No tuvo gran éxito. Las tendencias industrialistas del Norte, a fines del siglo XIX, enfocan el problema del alcohol como una pérdida de materias primas y de jornadas de trabajo. Ciertos barrios, ciertos sectores industriales, conocieron leyes de prohibición parcial. Algunas ciudades adoptaron la prohibición por su cuenta. El país se dividió entre «secos» y «húmedos». Hubo una posición intermedia, la de los «secos moderados». Cuando, en 1919, se ratificó la enmienda constitucional contra las bebidas embriagantes, los «secos moderados» intentaron la mediación. ¿En qué consistían las bebidas embriagantes? La definición debía ser matemática, según los grados de alcohol permitidos. Pretendieron que los vinos y la cerveza quedaran exceptuados de la ley. Los «secos extremos» no aceptaron esta propuesta: los vinos eran caros y, por tanto, exceptuarlos sería una medida «antidemocrática». En cuanto a la cerveza, se consideraba como demasiado perniciosa. El Acta Volstead —del nombre del senador que la propuso y defendió— definió, finalmente, cuáles eran las bebidas embriagantes: aquellas que tuviesen más de medio grado de alcohol. Es decir, todas.

■ «Esta noche nacerá una nueva nación»

Cuando la ley entró finalmente en vigor, las ligas puritanas, los «secos extremos», las orga-

nizaciones religiosas, ardieron de entusiasmo. «Esta noche —decían, refiriéndose a la del dieciséis al diecisiete de enero de mil novecientos veinte—, a las doce en punto, nacerá una nueva nación. El demonio de la bebida hace testamento. Se inicia una era de ideas claras y nuevos modales. Se acabó el imperio de las lágrimas. Los suburbios serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y los correccionales quedarán vacíos, los transformaremos en graneros y fábricas. Todos los hombres caminarán erguidos otra vez, sonreirán todas las mujeres, reirán todos los niños. Se cerraron para siempre las puertas del infierno». Nunca en la historia de la humanidad ha habido profecía más equivocada. Lo que nació aquella noche fue el verdadero infierno. Comenzaba una oleada de delincuencia, criminalidad, sangre y terror que duraría muchos años. Se iniciarían auténticas empresas criminales, como el «Sindicato del Crimen» o «Murder Inc.», que no han cesado aún sus actividades. Toda la historia de América iba a bascular. Se dice que el infierno está empedrado de buenas intenciones. La buena intención de los secos no ya empedró, sino que asfaltó un infierno cuya capital estaría instalada en Chicago.

■ Sociedad paralela

Los gangsters de Chicago son anteriores a la prohibición. Formaban una sociedad paralela. Debemos referirnos, una vez más, a las películas «del Oeste» para aludir a la tradición de estas sociedades paralelas. Se ve en ellas un «sheriff» pusilánime o corrompido, oscilando entre las sociedades paralelas de «buenos» y «malos», con los caracteres excesivamente simplificados. En la realidad, «buenos» y «malos» no ofrecían más diferencia que la óptica del observador y su calidad de predominantes. Era «bueno» el que conseguía implantar su propio orden, «malo» el que lo subvertía. Chicago, fundado sobre las ruinas de un «fuerte» arrasado por los indios en 1812, conservaba las tradiciones de la época fronteriza, incrementadas por su brutal crecimiento industrial a raíz de la llegada del ferrocarril y por la posibilidad de hacer grandes fortunas. Para «hacer Chicago», las sociedades paralelas del gangsterismo se revelaron indispensables. Cuando,

La década de Al Capone comenzó hace ahora medio siglo, en 1919, y su declive llegaría diez años más tarde. La «ley seca» haría nacer un verdadero infierno. Pero los gángsters de Chicago eran anteriores a la prohibición. Cuando Al Capone llegó a la ciudad, el gran jefe era Colosimo, llamado cariñosamente el Gran Jim, que no supo ver hacia dónde iban las cosas: «El alcohol no tiene porvenir, muchacho». Capone pensaba de otra manera...



hacia 1910, las diversas sociedades productoras de electricidad intentaron el desarrollo de la nueva fuente de energía, los usuarios del gas recibieron la visita de los gangsters de la compañía del gas, la Gaz House, advirtiéndoles que se exponían a las más graves represalias si lo cambiaban por la electricidad. Las compañías eléctricas contrataron unos nuevos gangsters, y los mismos usuarios recibieron las visitas terroríficas en las que se les anunciaba lo peor si no lo cambiaban. La guerra del gas y la electricidad causó muchos muertos. Muchos muertos causó la lucha entre dos periódicos. Cuando Hearst lanzó el «Examiner» se enfrentó con Patterson, del «Tribune». Hearst tuvo que contratar a «Mossy» Enright para implantar su periódico, y Patterson tomó a su servicio a Moe Annenberg. La banda de «Mossy» y la de Annenberg se enfrentaban a balazos en las calles de Chicago para tratar de monopolizar la venta del periódico que cada una de ellas protegían. Esta idea de protección es básica en el gangsterismo. Proteger significa hacer pagar para defender un comercio o una industria. Es un impuesto establecido por esa



sociedad paralela. Pero no aceptar la protección no es quedarse indefenso, es saber que se será atacado por el protector desdado.

■ Colosimo y el feudalismo

Cuando Al Capone llegó a Chicago, en 1919, el gran dominador de la ciudad era Colosimo, llamado cariñosamente y admirativamente el Gran Jim («Big Jim») o Jim Diamante. Los diamantes adornaban principalmente sus ligas y sus anchos tirantes. Todos estos caballeros de Chicago tenían una interesante predilección por los tirantes anchos, floridos, bordados, ocultos bajo los trajes oscuros y regulares de hombres de negocios. Los enseñaban como distraídamente, como sin querer, y era una forma de demostrar que eran algo más que pálidos americanos. Eran príncipes renacentistas residuales y trasplantados. Colosimo tenía a su lado a Johnny Torrio, que era algo más que un escudero, algo más que un guardaespaldas. Era un heredero. Este reino de Colosimo no era tranquilo. Había unos señores feudales en la ciudad que no estaban conformes con la monarquía absoluta y que disputaban el poder a Colosimo. Estaba Vicente Cosmano, Joe Howard. Estaba el poderoso

O'Banion, jefe del «gang» irlandés, propietario de una magnífica tienda de flores, excelente negocio en vista de la gran cantidad de coronas fúnebres necesarias en la época.

■ Llegó Cara Cortada

En la historia acelerada de esta sociedad, Colosimo representaba el feudalismo, Torrio la monarquía absoluta, Al Capone la dictadura con fondo capitalista. Alfonso Capone llegó a Chicago cuando el viejo Colosimo comenzaba a declinar. Al llegaba de Nueva York, ya con su Cara Cortada que le daría nombre a su pesar («Scarface»), pero que contribuía a su caracterización de personaje. Esta marca le afligía porque era como un signo del hampa, y Capone aspiraba a ser una persona respetable. Contaba que le había sido infligida en el frente de Francia, en una acción gloriosa. En realidad, se la había hecho la afilada navaja de un Frank Galluccio, a cuya hermana había aspirado ilícitamente Capone. Capone no dejó vivir a Galluccio el tiempo necesario para contarlo. Probablemente esta historia, quizá algo que se rumoreaba de una deslealtad para con sus amigos —en Nueva York, Al pertenecía a la banda de Saddle La Cabra, enemiga de la de Guy La San-

gre—, habían acelerado su huida hacia Chicago. Probablemente, también, el conocimiento de que para ser lo que aspiraba a ser, tenía que ir a la capital del crimen, a Chicago. Nueva York no era más que una provincia... Algunos historiadores insinúan que, en realidad, Capone fue a Chicago llamado secretamente por Torrio. Torrio era neoyorquino, habría conocido en Nueva York a Capone, y cuando pensó, con la tentación de Macbeth, en ser rey en sustitución de Colosimo, comenzó a buscarse amigos fieles. En ese caso, la historia oficial, incluso la que Capone cuenta en sus Memorias, sería una excelente farsa. La historia oficial muestra a Capone llegando a Chicago con un cuarto de dólar en el bolsillo y en busca de trabajo. El encuentro casual con un mejicano llamado López le llevaría a Colosimo para pedir trabajo. Los orígenes de los héroes son siempre oscuros. La historia los legitima.

■ Gangsterismo y represión social

El negocio de Colosimo, como el de los gangsters de su época, consistía en ofrecer a la sociedad lo que ella misma no se sabía proporcionar pero deseaba tener. A veces, el gangster se limitaba a servir ciertas formas de progreso, como hemos

visto en la implantación de la electricidad frente al gas, o en el del nuevo periódico de William Randolph Hearst. Generalmente, el negocio gangster se basaba en la producción de una sociedad sin represiones. La sociedad de corte puritano y de aspecto respetable se prohibía a sí misma unas expansiones, y los gangsters, al otro lado de la frontera de la respetabilidad, se las daban. Cabarets, bares, juego, mujeres. Sin esta demanda de la sociedad, los gangsters no hubiesen existido jamás. La idea de considerarlos «enemigos públicos» era, aparentemente, descabellada pero, en realidad, obedecía a la necesidad de considerarlos ajenos, extraños. Sucedió ya, en principio, que no eran ni siquiera americanos. Apenas se pueden encontrar excepciones a la regla de que los grandes gangsters eran inmigrantes o hijos de inmigrantes. En su mayor parte, italianos. Había algún irlandés, como lo fue O'Bannion, algún polaco como Guzik «Dedos Grasientos», algún lituano como Ma Barker «Cara de Rata». El elevado número de italianos, y aun de sicilianos y napolitanos, hace suponer la existencia de una entidad superior: la Mafia. La Mafia es una de esas realidades nebulosas, con fronteras más definidas, que sirve para justificar todo. Efectivamente, la Mafia del principio del siglo XIX actuaba ya con ciertos procedimien-



AL CAPONE

tos que iban a ser adoptados por los gangsters, como el de la «protección», y ciertas convenciones entre sus miembros como la de no acudir a policía o tribunales para dirimir sus querrelas. No es posible descartar totalmente la participación de la Mafia en la criminalidad americana, aunque parece exagerado atribuir a un «rey de la Mafia», oculto y establecido en Sicilia, la organización de Chicago. Sin embargo, a los fines subconscientes de la sociedad de la época servía admirablemente esta localización en el exterior y esta atribución a un poder inalcanzable, a una conspiración misteriosa y ajena, una situación privativa interior. En cierta forma, la aparición del austriaco Hitler y del corso Napoleón, en momentos de crisis de las sociedades alemana y francesa, respondía a esa necesidad de confiar a elementos ajenos y despreciables tareas necesarias pero inaceptables. Hindenburg y Luddendorf, desde lo alto de su aristocracia militar y de sangre, despreciaban en un principio al moreno y pequeño fanático que dirigía unos grupos de combate, pero le necesitaban para limpiar el país de unos enemigos con cuya sangre no se hubiesen manchado directamente. Creían que podrían desprenderse fácilmente de él. Los gangsters italianos de Chicago representaban un poco ese papel. Se anquilaban entre sí y cumplían ciertas necesidades sociales al mismo tiempo. Pero Hitler superó a Hindenburg y Luddendorf, y Al Capone llegó a dirigir enteramente la octava ciudad del mundo.

■ Emigración y sed de poder

¿Por qué los italianos? ¿Por qué los inmigrantes? Habría que buscar una explicación sociológica, como la del profesor Sombart: «La emigración desarrolla el espíritu capitalista rompiendo todas las antiguas costumbres, toda la antigua manera de comportamiento, con respecto a los hombres y las cosas. El medio en el que vive no significa nada para él y no ve, en cualquier caso, más que un solo objetivo que alcanzar, porque es el único que le interesa: el enriquecimiento». La idea original de Sombart es la de que las minorías segregadas de la sociedad no tienen acceso a las formas habituales de dominio social, a la política directa, a las carreras

liberales, al «establishment» y, por tanto, han de desarrollar sus ambiciones por otros caminos. Un viajero francés del siglo XIX, Chevalier, encontraba ya una clave del inmigrante en Estados Unidos: no consideraban su nuevo país como una patria, como «la madre de los hombres, el hogar de los dioses, la tumba de sus padres, sino como un instrumento, como un medio de enriquecimiento». De hecho, la mayoría de los gangsters italianos conservaron su nacionalidad —ha sido incluso una de las formas de lucha del F. B. I. contra ellos: deportales a su país de origen— y el túmulo de la tumba de Al Capone está enteramente redactado en italiano.

Esta sociedad marginal que se creó en Chicago estaba, en un principio, al servicio de la sociedad organizada. Si en todos los gangsters de cierta categoría había un principio de deseo de respetabilidad, de conquista de respetabilidad y poder «por otros medios», en Al Capone esta ilusión fue un elemento de

fascinación. La forma en que explicaba su cicatriz por una acción de guerra era ya en sí una prueba de sus aspiraciones. Rechaza el hampa. Necesitaba servirse de ella para ascender, pero quería también transformarla. Convertirla en algo aceptado y aceptable.

■ Primeras armas

En primer lugar, necesitó apoyarse en el hombre más fuerte de la época, en Colosimo. Cuando su jefe fue amenazado por Cosmano, Capone se ofreció personalmente para liquidarlo. Cosmano esperaba en la esquina de la calle el momento de cruzar. Un coche se detuvo para dejarle paso. Cuando Cosmano cruzaba, una ametralladora le colocó dieciocho balas dentro del cuerpo. Luego, el coche se alejó lentamente, con su único ocupante. Al Capone, después, cotizó con su parte, como todos los muchachos de Colosimo, para comprar una corona de flo-

res para el gangster asesinado. Compraron la corona en la tienda de O'Bannion. Su segunda acción fue el asesinato de Joe Howard, un criminal solitario que había atacado un comercio protegido por Colosimo. Howard estaba en un bar cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Al Capone. «¡Hola, Al!», dijo Howard tendiéndole la mano. La mano se quedó en el aire. Al Capone disparó las seis balas de su cargador. Las seis se alojaron con precisión en la cabeza de Howard.

■ La «taylorización» del crimen

Estas excelentes pruebas de amistad y de decisión no eran más que signos. La importancia que Al Capone quería tener dentro de la banda de Jim Diamantes era superior. Era la de un creador, la de un organizador. Capone entendía, y explicaba, que el concepto del mundo de Colosimo estaba anticuado y que necesitaba incorporarse rápidamente a las nuevas técnicas. Se trataba, como se ha dicho, de la «taylorización» del crimen. Taylor inventó la racionalización del trabajo: la manera de obtener el máximo rendimiento de cada operario con el mínimo esfuerzo. Lo que se aplicaba a la casa Ford, ¿por qué no podía aplicarse a la sociedad paralela de Chicago? Al Capone había acudido a cursos de instrucción militar en Nueva York, había estudiado la utilización de la ametralladora. Esta organización podía dar una mayor eficacia a una banda de gangsters que supiera aprovecharla. Pero el ejército del banditismo no era más que una superestructura para proteger una producción. Capone sugirió a su jefe la necesidad de crear, por ejemplo, una especie de supermercados de la prostitución. La idea fue fecunda. Unos establecimientos racionalmente organizados donde hubiese juego, alcohol y mujeres, funcionando veinticuatro horas al día para aprovechar todo posible cliente: los gastos generales apenas ascienden y, sin embargo, los clientes de las horas de calma podrían dejar dinero. Por otra parte, había un principio de moral propia en esta idea. Muchos presuntos clientes no podían permitirse el lujo de acudir a estos establecimientos por la noche o a la madrugada, porque las presiones sociales o familiares, y la necesidad de conservar una fachada de respetabilidad, se lo impedían. ¿Por qué

Capone no se consideraba un malhechor, sino todo lo contrario: un benefactor de la humanidad. Siempre aspiró a ser estimado como persona respetable, como un hombre de bien...



«No estamos ya en el Far West. No somos cow-boys». Somos hombres de negocios... No sé si hay personas que deseen vivir protegidas noche y día por guardias de corps, pero yo no soy una de ellas. Hay y ha habido siempre trabajo suficiente para todos nosotros, y la competencia no debe llevarnos al crimen en ningún caso»...

no iban a gozar de los mismos beneficios que los demás? ¿Por qué no ayudar a librarse de sus represiones al hombre que sólo podía disponer, sin hacerse sospechoso, de un rato antes de ir a la oficina o de regresar a su casa tras el trabajo? La idea tuvo un éxito rotundo.

■ Colosimo era un sentimental

Probablemente sin la prohibición de bebidas alcohólicas, el negocio no hubiese pasado de ser modesto. La Ley Seca, el Acta Volstead, dieron de pronto un fabuloso impulso a las posibilidades de esta sociedad paralela. Torrio y Capone lo comprendieron antes que Colosimo, anclado en otros tiempos. Por otra parte, Colosimo carecía de la suficiente austeridad y espíritu de sacrificio como para mantener tan alto puesto de poder. Las mujeres le perdían. Consumía su propia mercancía. No era abstemio, como O'Bannion, o como Walter Stevens, que prohibía a sus hijas llevar falda corta, maquillarse y frecuentar muchachos de su edad, en vista de la falta de moral de las nuevas generaciones. No era fiel a su esposa, como Al Capone. Colosimo exhibía sus tirantes en sus propios lupanares y conquistaba a sus propias pupilas. Colosimo tuvo la osadía de divorciarse de una italiana —María Morisco, que dirigía dos casas de citas de primera categoría— para casarse con una sajona, con la australiana Dale Winter. Dale Winter era una cantante que había sido ayudada y protegida por el deán de la iglesia metodista de South Park. Los domingos, la Winter cantaba en la iglesia con una excelente voz, mientras lágrimas de emoción corrían por sus mejillas. Colosimo había ido a escucharla y se había enamorado de ella. La prometió hacerla cantar en la Opera, cosa que no hubiese sido muy difícil, aunque la joven tuviese voz de rana, dado el poder de Colosimo y su intimidación con Enrico Caruso, que se hospedaba en su casa cada vez que iba a Chicago. Prefirió hacerla su esposa. La luna de miel duró poco. Tres semanas después de su matrimonio, Colosimo salió de su casa, detuvo el automóvil en un restaurante para telefonar y, cuando estaba en la cabina telefónica, fue acribillado a balazos. La muerte del viejo emperador quedó, como siempre en estos sucesos, en niebla. Coincidió con un viaje que un asesino de Nue-



LAS COSAS CLARAS

¿Es un apasionado de la fotografía?
¿Le gusta encuadrar con precisión?



Bien. Mire por un visor de gran luminosidad. ¿Desea fotografías en la noche, en interiores o en días nublados?

Necesitará un obturador graduable. ¿Quiere fotos en blanco y negro con extensa gama de grises? Piense en una buena lente. ¿Busca los colores vibrantes de la realidad? ¿No le agradan las medias tintas, ni las imágenes borrosas? Entonces, las cosas claras, Vd. lo que quiere es la nueva cámara INSTAMATIC 133 de Kodak.

Con el nuevo equipo de color Instamatic 133 obtendrá fotografías claras, perfectas, en blanco y negro o color. Y ¡Por supuesto! también transparentes diapositivas. Pídala en su proveedor Kodak.

PELICULAS

Kodak

CAMARAS





AL CAPONE

va York, Frankie Yale, hizo a Chicago. Yale era amigo de Torrio. Se dice que volvió a Nueva York con diez mil dólares más que cuando llegó, y que Torrio quedó con diez mil dólares menos... Torrio heredó el Imperio de Chicago y las luchas contra los barones feudales. Capone representaba junto a Torrio el papel que éste había representado junto a Colosimo.

■ Una revolución

«El alcohol no tiene porvenir, muchacho. El dinero está en las chicas. Haz trabajar las chicas y te harás millonario. Pero no hagas caso del alcohol». Este fue uno de los consejos finales que Colosimo dio a su lugarteniente Torrio. Muestra bien su incompreensión hacia los nuevos tiempos. El alcohol fue el desencadenante de una revolución. La revolución contra la prohibición. Una ciudad como Chicago comenzó a tener, tras la prohibición, más bares que los que había tenido antes. La gente que nunca tuvo sed comenzó a sentirla. El cómico Groucho Marx decía: «Yo estuve siempre contra el alcohol, hasta que llegó la prohibición». Sin ninguna ironía, ésta era la forma de sentir de unos cuantos millones de personas. Torrio tardó algún tiempo en olvidar el consejo de su patrón y dedicarse de lleno al alcohol, a pesar de la urgencia de Capone. Su primera urgencia consistía en hacer desaparecer el fantasma de Colosimo y en reconstruir el imperio según una nueva forma política. Para diluir el recuerdo de Colosimo, Torrio montó un gran entierro. Probablemente había más de un millón de pesetas en flores. Cinco mil personas seguían el féretro, llevado a hombros por tres jueces, un fiscal, dos congresistas, algunos concejales y el director de la Opera. Algo deslució el entierro: el arzobispo de Chicago no quiso officiar. Reprobaba a Colosimo haberse divorciado y contraído nuevo matrimonio. Un pastor protestante se acomodó mejor y acompañó a su tumba a quien no había cesado de hacer profesión de fe de católico. Cuando el cuerpo entraba en la tierra, una masa coral entonó el himno «Más cerca de ti, oh Dios mío».

■ Torrio: Un talento

Torrio se reveló entonces como un gran organizador. Un

talento. Se constituyó en «presidente de un sindicato de Vigilancia», que ordenaba y organizaba los negocios. Constituyó un importante capital y con él comenzó a cuidar lo que le parecía la base esencial del negocio: la producción. Instaló destilerías y cervecerías, contrató técnicos que produjesen bebidas alcohólicas de buena calidad, montó un servicio de distribución. Creó cadenas de producción y transporte. Se interesó por el alcohol de contrabando. Instaló bares. Intentó alianzas, pactos. Pero cometió algunos errores. Uno de ellos, con Al Capone. Por su propia experiencia, sabía que el peor enemigo del emperador es su heredero. A los dos días del entierro de Colosimo, Capone sufrió un atentado cuando iba a ver a Torrio. Capone salió indemne. Subió a ver a su jefe y mantuvo con él una breve conversación. «Si por casualidad sabes quién es el que ha disparado, dile que la próxima vez apunte mejor...». «Pero, Al, no irás a creer que yo tengo algo que ver... No es ése mi género, yo no traiciono a mis amigos». Capone describe la entrevista en sus Memorias, y comenta: «El viejo canalla... No solamente había pagado algunos asesinos para desembarazarse de mí, sino que, además, me ofrecía ahora su amistad... Fue lo que, finalmente, me alejó de él. ¿Qué hacer? ¿Romper los puentes o seguir trabajando con él para luego dejarle al margen cuando llegase el momento? En el momento tuve unas enormes ganas de meterle plomo en el vientre. Pero he sido siempre un sentimental. Por lo tanto, elegí la segunda solución».

■ Las últimas flores de O'Bannon

El final del reino de Torrio vendría años después. Pero antes llegó el del irlandés O'Bannon, el florista. El gangster irlandés odiaba a los sicilianos y no aceptaba las ofertas de asociación que le venían del grupo Torrio-Al Capone. Ni siquiera la de reparto de zonas. Se le había ofrecido que controlase el Norte de la ciudad y dejase el Sur a Torrio. No aceptó. O aceptó en principio, pero continuó realizando expediciones al Sur. Más aún, engañó a Capone y Torrio ofreciéndoles una parte en las cervecerías Siben, que pagaron a precio de oro, y que días después fue destruida por los agentes federales del F. B. I.



El cine y la literatura han fantaseado sobre la época de Capone. Quizá lo más característico de ella sea el gigantesco ensayo de creación de una sociedad paralela, un verdadero imperio manejado por los gangsters, encubierto en una endeble capa de legalidad...

O'Bannon sabía lo que iba a pasar... Fue su sentencia de muerte. El 9 de noviembre de 1924, O'Bannon recibió el encargo de una monumental corona de flores que sería recogida el día siguiente. En efecto, al otro día llegaron los clientes y, cuando O'Bannon les mostraba la monumental corona, le dispararon a bocajarro. Una vez más se sospecha de Frankie Yale, el gran especialista que ya había liquidado a Colosimo por orden de Torrio. Y se sabe que, tras él, están Torrio y Capone. La enorme corona creada por O'Bannon serviría para su propio entierro. En un féretro de quinientos kilos de plata y bronce, el cuerpo del gangster irlandés reposaba sobre una placa de mármol en la que se leía la inscripción: «Dejad que los niños se acerquen a Mí». En el mismo entierro, con un altavoz en la mano, el heredero de O'Bannon, Hymie West, lanzó un desafío a Al Capone.

■ Torrio abdica

Hymie West no lanzó sus palabras en vano. Durante los días siguientes se multiplicaron los atentados directos contra Torrio y Capone, contra sus bienes y sus empleados. Al Capone no hacía nada, no respondía. Esperaba. Torrio sintió el terror en sus huesos. Decidió hacer un largo viaje por el extranjero. Arkansas, Nueva Orleans le parecieron poco seguras. Se fue a las Bahamas, a Cuba... Pero al fin volvió. El mismo día de su

llegada a Chicago fue ametrallado a la puerta de su casa por los hombres de Hymie West. Salió misteriosamente con vida, pero le costó una larga estancia en el hospital y una serie de cicatrices perpetuas. En el mismo hospital, Torrio se las arregló para que le trasladasen a la cárcel para cumplir una pena que tenía suspendida. En la cárcel de Lake Country vivía en una celda blindada y amueblada con bastante comodidad. Fue allí donde le visitó Capone y donde Torrio abdicó. «Liquida mis bienes lo mejor que puedas y quédate con el resto. Yo me largo». Todo se hizo legalmente, ante abogados y notarios. Cuando terminó su condena, Torrio salió de la cárcel escoltado por tres automóviles repletos de hombres armados, fue directamente a Gary, allí tomó el tren para Nueva York y, sin detenerse, embarcó para Italia. Capone ya no tenía sombra. Su gran momento había llegado.

■ El benefactor

La gran innovación de Al Capone consiste en no considerarse a sí mismo como un malhechor, sino todo lo contrario, como un bienhechor, como un benefactor, en el mismo sentido en que se aplicaría más tarde ese título el Presidente Trujillo. Se ha visto ya cómo atribuía su cicatriz de la cara a una herida en una acción de guerra. Cuando se estableció en Chicago como pistolero, Capone abrió una tienda en el famo-



AL CAPONE

(Viene de la página 2)

so «Cuatro dosis», en el 2222 de la South Wasbah Avenue, una tienda de «curiosidades y muebles de ocasión», como decía su rótulo. El inmueble sería más tarde su cuartel general. Entonces lo era de Colosimo y de Torrio. Probablemente en otro contexto, Al Capone se hubiese integrado a la sociedad. Como esto le era negado, Capone tuvo la idea genial de incorporar a él la sociedad. Prácticamente, Capone dio un golpe de estado y se convirtió en jefe de un territorio más que extenso, rico, con una vida intensa. Capone era, ya lo hemos dicho, un hombre de orden, y su intento fue el de establecer un orden en lo que parecía un caos.

Desde que era «segundo», todo su impulso mental estaba en negociar, en arreglar pactos con los otros «gangs». Trataba de unificar a los barones del alcohol bajo la monarquía absoluta de Torrio. Trató una vez más de hacerlo antes de implantar su dictadura moderna. La famosa conferencia del hotel Sherman, el 20 de octubre de 1926, es un ejemplo de «reunión en la cumbre». La elección de la fecha, el lugar, la forma de la mesa y el orden de prelación de las personas en torno a la mesa fueron objeto de delicadas negociaciones. Previamente, Capone había dado una conferencia de prensa, tras la muerte de Hymie West —asesinado en la misma tienda de flores de O'Bannion, que había tomado en traspaso—, en la que había dicho: «Hymie West ha muerto por testarudo. Cincuenta veces he intentado arreglar las cosas y llegar a un acuerdo con él que nos permitiese vivir en paz en Chicago. No sé si hay personas que desean vivir protegidas noche y día por guardias de corps, pero yo no soy una de ellas. Hay y ha habido siempre trabajo suficiente para todos nosotros, y la competencia no debe llevarnos al crimen, en ningún caso. Pero West no quiso comprenderlo. Si le hubieran dicho, hace una semana, que hoy estaría muerto, no lo hubiera creído. Pero en su equipo hay muchachos razonables y, si quieren la paz, estoy por ella, como lo estuve siempre...». Sobre esas premisas se celebró la conferencia. Reunía cuatro grupos: el de Capone, el de Drucci y Moran, el de Eisen y el de Miles. Cada uno de ellos llevaba sus consejeros y sus aliados. Pero no guardias de corps ni armas, según una condición previa. Al Capone explicó la situación. En primer lugar, leyó la lista de los caídos

en la lucha desde la muerte de O'Bannion. Eran cuarenta y ocho nombres importantes. «¿No es ya bastante?», clamó Al Capone, en un silencio expectante. «No estamos ya en el Far West. No somos «cow-boys». Somos hombres de negocios». Capone explicó que tenía dos propuestas por hacer. Una consistía en una asociación general, y era, indudablemente, la que proponía Capone con más interés. La otra significaba un reparto de zonas. Feudales aún, individualistas y desconfiados, los gangsters eligieron el reparto en zonas independientes. Capone leyó entonces los cinco puntos esenciales: 1: amnistía general; 2: cese de hostilidades entre los contratantes; 3: olvido de las venganzas del pasado; 4: responsabilidad personal de los jefes de grupo por las violaciones de pacto cometidas por sus hombres, y 5: estricto respeto de las zonas establecidas. Durante la comida se delimitaron las zonas. Como era lógico, Capone se atribuyó todo el centro de Chicago y la ciudad de Cicero, con el consenso general. La cena acabó en el entusiasmo. Al día siguiente, Capone dio una nueva conferencia de prensa. «Les he dicho a todos —explicó— que de un negocio importante estamos haciendo una masacre en que nadie se beneficia. Este es un trabajo difícil y peligroso. Cuando un muchacho ha trabajado duro, sea cual sea su papel, no quiere más que descansar tranquilo y no pensar en el trabajo cuando regresa a su casa». Cuando uno de sus consejeros le preguntó, ya a solas, si el pacto podría mantenerse, Capone respondió: «Se mantendrá si yo les mantengo a todos. Para eso hace falta que sea alcalde de Chicago». Naturalmente, Capone no pensaba en ejercer personalmente ese cargo, que estaba bastante por debajo de su figura reinante. Se trataba de crear un alcalde que fuese suyo. Esto es, de integrar la sociedad legal a la sociedad de hecho creada por él. Hasta el momento, la base estaba en la corrupción a jueces, fiscales o policías. Se trataba de legalizar la situación. ■ J. A. Fotos: FIEL, KEYSTONE-NEMES y EUROPA PRESS.

Próximo número:
AL CAPONE (y 2)

Big Bill Thompson, el constructor.—La sociedad de Al Capone.—Bondadoso, sindicalista. Un hombre de negocios.—La caída.—El pacto social.—Preso modelo y sifilítico.—Crimen y política.



¿Quiere saber qué es Crilenka? ¡Póngase dentro!



Sólo poniéndose un cri-jersey o una cri-prenda exterior de punto CRILENKA sabrá usted de veras cuán confortable es, qué suavidad le distingue, qué luminosidad de colores le caracteriza. La fibra CRILENKA da cri-prendas y cri-jerseys cómodos, resistentes, lavables, duraderos, ¡Modernos! Sí. Póngase dentro de CRILENKA... ¡y le admirarán por fuera!

Pídalos con



CRILENKA
la fibra acrílica producida
en España por Cylanenka, S. A.

es una creación
SPLAY
Manufacturas
Gabarró, S. A.
Igalada